

## COMENTARIO BÍBLICO DE LA LITURGIA DE LA PALABRA

### DOMINGO DE PENTECOSTÉS

Esta fiesta de Pentecostés nos llama a reflexionar y a percibir la acción del Espíritu en nosotros: ¿Cuál es la acción del Espíritu en nosotros? ¿Cuál es la respuesta creyente a esta acción del Espíritu?

El Evangelio nos aclara concretamente cuál es la tarea del Espíritu: guiarnos a la verdad plena y ¿cuál es la verdad?; la verdad revelada en Jesucristo: Dios es amor; Dios es Padre; Dios ama hasta la entrega de su mismo Hijo. El Espíritu nos introduce en la intimidad de esta verdad. El Espíritu procede del amor del Padre y del Hijo, es este Amor y lo testimonia. Por lo tanto, desvela, introduce pero no como una ciencia teórica, sino haciéndonos partícipes, enseñándonos a amar.

La segunda lectura nos insta a dejarnos guiar por el Espíritu en nuestra vida cotidiana. Implica poner en práctica la verdad, lo que nos conduce a una lucha contra una vida de espaldas a Dios. Si nos dejamos guiar por el Espíritu, entonces, también nuestra humanidad se desvelará saludable, con signos concretos: alegría, paz, servicio, dominio de sí, bondad, amor. Una persona así es apreciada por todos. Esta presencia del Espíritu no tiene, en primera instancia, un carácter moral. Es más profundo, no se nota, no es llamativo, no hace alarde, pero, de esta oculta presencia brotan cualidades.

La primera lectura nos enseña como la presencia del Espíritu nos hace "comprensibles", somos comprendidos por todos; el lenguaje y la vida del verdadero cristiano no son rebuscados ni complicados. El cristianismo es un verdadero humanismo. Los frutos del Espíritu son apetitosos para cualquiera. ¿Sabemos exponer los frutos del Espíritu?

El Espíritu de la verdad no se refiere a la veracidad o la autenticidad; quiere significar que nos actualiza la Buena Nueva, el Evangelio: Jesucristo, que es la verdad. El Espíritu actualiza también la Palabra de Dios en el corazón de los creyentes y nos introduce a una lectura "espiritual" que es semilla, fuego y luz de nuestra existencia. Cada Palabra de Dios, leída en el Espíritu, consiste (Cfr. Neh 8) en saborearla, mediante la lectura, la explicación y la comprensión, y en llevarla a la vida concreta, mediante la obediencia, la conversión, el amor a los más afligidos y finalmente celebrándola. Hacer esta experiencia del Espíritu en nuestra vida es el fin de la liturgia de esta fiesta.

P. Gerardo Diéguez  
Tucumán